CAPITULO XX

OTRO CASAMIENTO

Cuando salieron los guardias encargados de aprehender al alférez Pinto á la puerta del palacio, fueron informados de que habia montado á caballo y se habia alejado seguido de dos hombres de armas, llevando todos tres magníficas cabalgaduras, por lo que ya nadie se empeñó en hacer una persecucion que en aquellos tiempos y dadas tales circunstancias se miraba como imposible.

De Gabriel, vuelto completamente en sí más del susto que del golpe, se empeñó en que continuara la ceremonia, y Elena, sin dar casi señales de vida, tuvo que someterse del modo más pasivo, interpretándose su inmovilidad como señal de verdadero asentimiento, por lo que se le supusieron las respuestas mas afirmativas que podian desearse.

La comida que siguió despues del casamiento fué triste y solo el general Cruz, que se complacia en que el virey hubiera sido víctima de tal percance, fué el que estuvo sosteniendo la conversacion, no sin hacer alusiones á las facilidades que Pinto habia tenido para escaparse de la prision y entrar á palacio para dar aquel escándalo, cosa que no habria podido suceder en sus Estados en donde ni una mosca se movia sin su voluntad, ni nadie, sin peligro de la vida, podia atreverse á turbar con su presencia una ceremonia tan augusta en los términos de desacato y profanacion en que lo habia hecho el alférez.

El virey, muy preocupado con el lance, pues no podia comprender cómo Pinto se habia presentado en Palacio cuando la órden que habia dado para su libertad debia tener su cumplimiento al dia siguiente, no dejaba de despachar mensajeros á tomar informes tanto en la Inquisicion como con los parientes y gefes del alférez sobre todo aquello que pudiera dar alguna luz sobre el suceso y más aún sobre el paradero del jóven.

De la Inquisicion se le dijo que el carcelero no se habia fijado bien en los términos de la órden de libertad y que por tal falta iba á imponérsele un rudo castigo de azotes y suspension de oficio, y de los gefes y parientes del alférez no pudo obtener más noticias sino que no tenian ninguna de su paradero, sospechándose que hubiera abandonado la capital en la creencia de que habia dado muerte al coronel de Gabriel, afortunado yerno de su excelencia. Por lo demas, este se encontraba bien de su pequeña herida y solamente se notaba en su semblante una marcada palidez que provenia del gran sustazo que habia llevado, pues no podia menos de considerar que á no ser por las muchas medallas y cruces que tenia en el pecho, el puñal del jóven se habria introducido en las carnes causándole la muerte.

Elena, que habia estado sosteniéndose con grandes esfuerzos de voluntad, luego que se retiraron los principales convidados, se declaró sériamente indispuesta y pidió permiso para retirarse á su habitacion en donde se le prodigaron toda clase de cuidados, pareciendo en ciertos momentos estar turbada su razon, segun se notaba por las pocas palabras que decia que no tenian entre sí ninguna ilacion. Ademas, el médico dijo que tenia calentura y que era necesario que guardara el mayor recogimiento, por lo que el coronel desposado tuvo que marcharse solo á su departamento á curarse tambien de la herida casi insignificante que habia recibido, no sin hacer augurios fatales sobre un casamiento que comenzaba bajo tales auspicios.

Toda la corte se hizo lenguas dando las mayores proporciones á lo que habia acontecido en Palacio, de manera que por la tarde en los paseos y al oscurecer en los corrillos que se formaban en los estanquillos y en el mercado, no se hablaba de otra cosa mas que de las puñaladas que habia recibido en plena iglesia el coronel de Gabriel por el amante preferido de la hija del virey, el único preso que, merced á

sus influencias por pertenecer á la primera nobleza, habia logrado sobornar á los carceleros de la Inquisicion para presentarse á dar el escándalo en el momento del matrimonio. Algunos aseguraban que de Gabriel habia muerto y que la hija del virey estaba agonizando, jugando en todo el acontecimiento, venenos, puñales, duendes, brujas y hechiceras, pues habia hasta quien afirmara que el alférez se habia remontado al espacio en un caballo alado conducido por la hechicera del callejon de Mecateros.

Por la noche concurrió el general Cruz á Palacio con objeto de despedirse de la córte, en virtud de tener que ponerse en camino al dia siguiente para Guadalajara. El virey, que estaba muy contrariado por los sucesos del dia y por las hablillas á que habian dado lugar, que muchos se complacian en poner en su conocimiento, recibió á Cruz de mal talante diciéndole en el curso de la conversacion:

—De manera, señor, que vuestra excelencia se mantiene en sus trece?

—¿Sobre qué cosa, excelentísimo señor? le preguntó Cruz con fisga.

—Sobre la forma en que ha de seguir manteniendo sus relaciones con la autoridad superior del reino.

—No veo la conveniencia de que pueda ser de otra manera, y sobre ello he tenido el honor de informar al gobierno de España.

—¿Ha escrito vuestra excelencia á Su Magestad?

—He escrito tanto á Su Magestad como á sus ministros.

—Pues entonces me ha ganado vuestra excelencia por la mano y nada tengo que argüirle.

Se siguió una pequeña pausa despues de la cual dijo el virey casi con la voz temblorosa:

—Lo mejor que tendria yo que hacer y lo que haria en mi lugar cualquiera otro, principalmente si ese otro fuera Calleja, seria detener á vuestra excelencia en esta capital impidiéndole su regreso hasta que dispusiera otra cosa el gobierno de Su Magestad; esto se consideraria como una medida política en favor de la paz del reino y de su buen régimen administrativo; pero yo no me siento inclinado á hacer uso de la fuerza, por más que comprenda que es un mal muy grave el que no hayamos podido llegar á una composicion amistosa.

Cruz, durante estas pocas palabras de Apodaca, estuvo cambiando de color, desde el blanco pajizo hasta el rojo escarlata y luego que acabó de hablar el virey, dijo pudiendo apenas contener el ímpetu que lo ahogaba:

—Parece que el excelentísimo señor virey me amenaza con una prision?

—Hablo de una detencion, como que seria conveniente, aunque teniendo cuidado de agregar que he prescindido, por varias consideraciones de otro género, de adoptar semejante medida.

—Mucho me alegraria que su excelencia se dignara tomarla.

—¿Es tambien una amenaza?

—No; pero sí una advertencia, con otra más.

—¿Con cuál?

—Con la de que yo no seria por cierto el responsable de las consecuencias que sobrevinieran.

—¿Y qué consecuencias habian de sobrevenir?

—Por de pronto la division de todo el ejército en dos bandos, y á renglón seguido la pérdida de este pais para la corona de España.

—De muy poco hace depender vuestra excelencia la tranquilidad de este reino.

—Pruebe su excelencia si lo duda.

—No creo que sea llegado el caso tratándose de bagatelas.

—¡Bagatelas! ¿Llama vuestra excelencia bagatelas á la declaracion que he hecho de mantenerme independiente en mis Estados del vireynato de México, de continuar recibiendo la nao de China por los puertos que he abierto para el tráfico, de no auxiliar en lo sucesivo con un solo hombre las operaciones de la guerra, ya que tanto trabajo me ha costado conquistar la paz en el territorio sujeto á mi mando?

—Sí, porque todo eso lo considero como un capricho de autoridad que no tiene la significacion de una rebelion declarada, siendo puntos de gobierno que solamente podrá resolver el superior que es el que ha dado cabe á ellos.

—Entonces si ni yo estoy dispuesto á ceder, ni vuestra excelencia á sujetarme por medio de la violencia, lo mejor que podemos hacer es separarnos como buenos amigos.

—Hasta cierto punto.

—¿Hasta qué punto?

—Hasta aquel en que uno de los dos tenga que separarse de este país, una vez que en él no podemos caber los dos juntos.

—Por mi parte declaro que vuestra excelencia no me hace sombra alguna.

—Por la mia declaro á mi vez que no puede ser verdadero virey en México el que no consiga tener plena obediencia desde un extremo hasta el otro extremo.

—¡Bah! exclamó Cruz levantándose, á la vez que desplegaba una sonrisita llena de orgullo, el excelentísimo señor virey cuenta de todas maneras con un amigo en el general Cruz, el cual se apresurará á dar acatamiento á sus menores indicaciones, siempre que no vayan revestidas con el oropel del mando ni con las exigencias y vanidades que han usado otros vireyes. Esto es, estoy dispuesto á ayudar á mi amigo el virey de igual á igual; pero á negarle hasta un cigarro si me lo pide con el tono imperioso de un superior.

Apodaca no contestó sino con un movimiento en la fisonomía lleno de disgusto, pues tenia el peor de los orgullos que es el que no se manifiesta, y apenas tocó la mano que le tendia el presidente de Guadalajara, quien se retiró erguido seguido de todo su acompañamiento que se habia quedado de pié esperando el término de la conferencia en la otra extremidad del salon. Las guardias de palacio hicieron los honores debidos y poco despues se oyó en la ca-

lle el tropel que llevaban los carruajes y caballos de la numerosa escolta que lo habia acompañado, con órdenes terminantes de estar lista para cualquiera emergencia. Así es que si el virey se hubiera atrevido en esta vez á poner la mano sobre el general Cruz, se hubiera seguido á esto un reñido combate en el cual habia tantas probabilidades de dar como de recibir.

—Vale más dejar ir á este atrabancado, exclamó despues de un rato Apodaca, dirigiéndose á los que se habian quedado acompañándolo, pues tal vez hubiera sido necesario dar un escándalo mayor que el que podia esperarse, y á decir verdad, ya estoy aburrido de los escándalos.

El virey saludó y se introdujo á sus habitaciones particulares en donde una parte de la noche estuvo conversando con la vireina sobre las particularidades de aquel dia tan fecundo en acontecimientos.

—Dios ha de castigarnos, le dijo á su mujer al despedirse, porque se me figura que hemos casado á Elena contra su voluntad.

—Así me casé yo, contestó la vireina y puedo decir que he sido una mujer muy feliz á tu lado.

El virey tosió y se salió, sintiendo no poder encontrar que responder ante una salida tan oportuna.

Cruz durmió con todas las precauciones de un general en campaña y muy temprano dispuso la salida por la garita de Tlaltelolco, no considerándose libre ni pudiendo respirar á todo su gusto sino cuando vió que le abrieron las puertas y pudo trasponerlas con

los seiscientos ú ochocientos hombres que entre músicos y soldados le acompañaban. Una vez traspuesta la garita, dejó el caballo que montaba, subió á su carroza en la cual se arrellenó cómodamente y dió órden para que continuara la marcha con una lentitud moderada, de manera de poder echar un buen sueño porque habia pasado muy mala noche pensando solo en una mala partida que pudiera jugarle el virey, y que le habria jugado indefectiblemente si hubiera tenido consejeros tan listos y tan avezados al mal como los que habia tenido Calleja entre los cuales se contaba el maligno y ya decrépito Bataller, que era malo con M grande á pesar de su decrepitud.

El viaje de regreso del general Cruz á Guadalajara, fué tan pomposo como el que habia hecho para dirigirse á México: en cualquiera parte del camino, hubiera ó no casas, daba órden de que se hiciera alto, se levantaban las tiendas, se formaba el campamento, se servia una mesa llena de buenas provisiones y tocaba la música mientras el señor comia sus apetitosos manjares y apuraba los mejores vinos españoles y portugueses que eran traidos á la Nueva España, no faltándole el buen vino de Canarias. A la hora de dormir se armaban las camas de campaña y se colocaban centinelas á las puertas de la tienda para que el sueño del señor no fuera interrumpido. Como nunca se hacia en aquellos tiempos ninguna expedicion sin damas, así fuera en son de paz que en son de guerra, las que iban en el convoy cantaban y bailaban por las noches, contribuyendo á hacer ligero aquel viaje

en que se empleaban iguales dias á las horas que hoy se gastan por el ferrocarril.

Para llegar á las poblaciones mandaba emisarios que previnieran á las autoridades, las que se apresuraban á disponerle los mejores alojamientos, recibiéndole siempre con músicas, formacion de tropas, cohetes, repiques y banquetes. En algunas partes se le saludaba con discursos á que prestaba por lo general poca atencion, interrumpiendo á veces á los oradores con estas palabras:—Dejaremos lo que sigue para otro viage.

Porque Cruz tenia muchas originalidades. Refiérese que en cierta vez recibió un memorial en que un D. Fulano le acompañaba una especie de árbol genealógico demostrando su nobleza y solicitando por lo mismo un título con un "Otro sí" en el memorial en que le pedia recursos. Cruz mandó á su secretario poner el siguiente acuerdo: "En cuanto á que se le permita usar título se le dice que no: y en cuanto al *Otro sí*, otro no."

Despues de los treinta y cinco ó cuarenta dias que duró el viaje y que no fué sino una fiesta continuada para el general y sus compañeros, la recepcion que le hizo Negrete en Guadalajara estuvo régiamente expléndida. Se formó la valla de tropas desde San Pedro hasta el palacio y salieron á recibirlo en los carruajes que habia disponibles todas las personas principales, así del clero como de la nobleza y del capital, viéndose en todo el camino muchas jovenes muy hermosas, como que siempre ha sido el asiento de la

gracia y de la hermosura Guadalajara, á donde probablemente se formó un núcleo de bellas andaluzas despues de la conquista, pues solo así puede comprenderse el gran donaire que tenian, tienen y seguirán teniendo por los siglos de los siglos las hijas de aquel suelo privilegiado.

El general Negrete acompañado del Ayuntamiento presentó al general Cruz en San Pedro las llaves de la poblacion, y en seguida una bateria disparó diez y seis cañonazos. La comitiva siguió en triunfo hasta Guadalajara, pasando por las principales calles que se adornaron con arcos triunfales y con cortinas y lazos de flores. Se hizo otra salva de artilleria, se echaron á vuelo las esquilas, gritó con entusiasmo el pueblo al cual se le arrojaron mil pesos nuevos desde los balcones de la casa de moneda y por la noche hubo una solemne recepcion que concluyó, como de costumbre, con borrachera.

Durante tres dias Cruz no se ocupó de ningun negocio sino de recibir visitas y felicitaciones, siendo constantemente obsequiado con regalos y banquetes de parte de sus subordinados y de las personas principales.

Al cuarto dia llamó á su secretario y le dijo:

—Preséntame usted al despacho lo que sea mas urgente.

—Excelentísimo señor, contestó el secretario, no hay nada que necesite ser resuelto con urgencia.

Cruz se quedó meditabundo durante algunos minutos. Sin querer hizo recuerdos de su permanencia en

México, y como en su imaginacion se habia fijado más vivamente la escena de la capilla de palacio al verificarse el casamiento de la hija del virey con el coronel de Gabriel, dijo hablando consigo mismo:

—¡Cáscaras! y aquí tambien tengo pendiente la celebracion de un matrimonio que no sé por qué diablos ha venido difiriéndose tanto tiempo contra mi voluntad.

—¿Su excelencia desea que se dicten algunas órdenes? preguntó el secretario.

—Simplemente que vaya un ayudante á llamar de mi parte á D. Aniceto Mercado que tiene una tienda en el portal.

Diez minutos despues estaba presente aquel mercader que tanto conocimos en la leyenda correspondiente á Morelos: era el mismo, solo que estaba más cargado de canas.

—Amigo mio, le dijo Cruz sin ceremonia luego que lo vió, ¿no sabe usted que estoy cansado de tantas desobediencias?

—Excelentísimo señor, contestó D. Aniceto inclinándose, sin atreverse á murmurar otra palabra.

—Quiero que mañana mismo se celebre el matrimonio de su hijo de usted..... ¿cómo se llama?

—Se llama Anselmo, excelentísimo señor.

—Con mi protejida Margarita ..... y ¿cómo están?

—Ambos disfrutan de buena salud, excelentísimo señor.

—En ese caso que se presenten mañana á las diez en el Sagrario en donde estarán dadas las órdenes necesarias para el casamiento.

—Pero excelentísimo señor.....

—No quiero un pero más, Sr. D. Aniceto, ya estoy harto de peros que han venido oponiéndose á mi voluntad durante cinco años. O se verifica ese matrimonio mañana ó le pego fuego á Guadalajara.

El negociante hizo una profunda inclinacion y salió. Detras de él se fué un ayudante de Cruz con instrucciones de solventar todo lo que se necesitara para que lo dispuesto se verificara al pié de la letra.

Desde aquel momento mismo se empezó á arreglar el traje de la novia y á hacerse cuantos preparativos fuesen necesarios para la importante ceremonia. Margarita, que guardaba aún luto por su antiguo amante el coronel Rafael Fuentes, recibió la noticia de su próximo enlace como si ya la esperara, esto es, sin experimentar la menor sorpresa. Sabia que tarde ó temprano habia de suceder, estimaba á Anselmo mas aún que si hubiera sido su hermano y por lo mismo no podia considerar el establecimiento que iba á tomar como un infortunio, sino como el menor de los males, una vez que no podia unirse ya al hombre á quien habia antes entregado su corazon. Rafael muerto, para ella no tenia ninguna importancia la vida y menos amarga le seria pasándola al lado de un amigo tan leal y tan adicto como Anselmo. El mancebo por su parte, que ya no era tan mancebo, pues ya habia pasado de los veintiseis años, recibió la noticia con el gusto con que habria recibido la de haberse sacado una loteria

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

de un millon de pesos. Elevó las manos al cielo y dió gracias á Dios de que Cruz se hubiera acordado de cumplir la palabra que habia dado en medio de sus originalidades de hacer aquel matrimonio. El mismo Cruz sirvió de padrino y concurrió al Sagrario la crema de la sociedad de Guadalajara. Margarita, á pesar del velo de tristeza esparcido por su semblante, aparecia hermosa y procuraba, haciendo grandes esfuerzos de voluntad, presentarse serena, con lo cual resplandecia más su gran belleza.

Como regalo de boda, Cruz introdujo en el bolsillo del novio el nombramiento de oficial distinguido de la intendencia y á la novia le mandó una caja de sedas de la China en que se veian abanicos, pañolones, y otros adornos de mucho gusto y de mucha rareza para señoras.

Por demas es decir que Cruz quedó muy satisfecho de haber llevado adelante el primer capricho que se le habia retrasado cinco años, y que Margarita y Anselmo formaron un matrimonio relativamente feliz debido á la bondad de carácter del primero y al talento y prudencia de la segunda, que nunca volvió á pronunciar el nombre de Rafaël.

CAPITULO XXI

ESCOLLOS

Tiempo es de que volvamos ya á nuestro héroe Javier Mina, que dejamos abandonado en los Estados Unidos y luchando con mil dificultades, mientras pasaban los sucesos que hemos relatado y cuyo conocimiento nos ha parecido indispensable para nuestros lectores á fin de que sepan el estado que guardaba el pais cuando aquel vino á reanimar una revolucion que, si no estaba muerta, se encontraba profundamente abatida, al grado de que ya mas se preocupaban en México de las fiestas y chismes de la corte, que de los enemigos, que parecian haber quedado sin alientos, encerrados en los pocos fuertes que les quedaban ó vagando en grupos insignificantes por los bosques y las montañas, pasando hambres y sufrimientos indescriptibles.